

## DEL SOLDADO POETA AL PERIODISMO MILITAR

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA

Coronel del Servicio Histórico Militar

### *El porqué del soldado poeta*

La literatura, salvo excepciones, forzosamente ha de ser una actividad complementaria. No hay poetas profesionales ni literatos exclusivos; todos serán, más o menos, titulares de otra profesión a la que se entreguen por necesidad, siendo la literatura acaso su vocación primordial.

El filósofo es escritor por naturaleza, tiene en las letras casi su único medio de expresión. El sector médico literario siempre ha sido amplio e interesante, en Ramón y Cajal, en Marañón, en López Ibor, tenemos ejemplos españoles contemporáneos sin necesidad de acudir tópicamente a los tiempos de Grecia. Y sólo con ojear una historia de la literatura veremos alternar en los grabados hábitos y uniformes, pareados en la sugerente coincidencia de las letras, quizá poco estudiada.

Casi al azar han brotado cuatro tipos literarios significativos. Dos a dos, los hombres ante cuya atención penetrante desfilan los cuerpos y las almas, la existencia y la muerte. Quiéranlo o no, estos hombres palpan la vida de los demás, que late muy próxima a la suya. Para el médico es fenómeno lógico y fisiológico, el romper de un cuerpo que entre sus manos se abre o se cierra a la vida —que todo es ruptura y todo es nacer—, y precedida a él una alma que llega o que se marcha. El militar presente en torno suyo la ronda de la muerte y recibe la sorpresa del destino señalando las víctimas, mientras que junto a él se reflejan en mil signos externos las almas de sus hombres. El filósofo y el sacerdote, por vocación ambos, por ministerio además el religioso, observan los procesos de esas almas que anhelan y sollozan, aman y se complican, para acabar perdiéndose o triunfando. Y de ahí inevitablemente derivan a su actividad compensadora, las letras, la poesía, análisis o sublimación de aquel problema humano.

Creo que es de Ortega la idea de que sólo se canta lo que se pierde. Sin conocer el desarrollo brota instantánea la pregunta: ¿Qué pensará del cantor de sueños? Porque los modelos señalados,

el médico y el filósofo, el religioso y el soldado narran lo que se pierde y lo que se espera, tristezas de la herida en el combate y optimismos de próximas victorias, el temblor por el choque de las armas y las turbulencias íntimas de su alma. Sus poemas no son sólo elegías de nostalgia y de muerte, son también cantos de vida y esperanza.

El soldado poeta, tal vez cronista de Indias, escribe allí sentado en un rincón de la cabaña, resguardando del viento la mortecina lumbre de la vela, o ha salido a escribir el episodio a campo raso, bajo la plateada claridad del plenilunio y rasguea el papel con el puso alterado aún por la embriaguez del combate recién concluido, contrayendo el gesto si la asalta el horror de algún recuerdo. O en otro caso, apoya la cabeza, medio desmayada, sobre el brazo que conduce la pluma por los fatigosos caminos de la marcha que le llevó hasta allí. Y las páginas palpitan luego al unísono de sus mismos latidos, alternando el pulso enardecido de la lucha con el cansino ritmo del caminar que hizo posible la epopeya. A veces ocupará en escribir las horas libres entre jornada y jornada, otras, la breve paz entre dos campañas le dará tiempo a rimar en sintética visión de conjunto los sufrimientos, las añoranzas y las glorias que amasaron el heroísmo, o en evasión poética, sus sueños de paz en la aldea lejana, ilusiones de amor tan deseadas.

El soldado poeta es eso, Araucana, o es lo contrario, Eglogías.

Maquiavelo, en su discutida obra maestra «El Príncipe», al señalar las cualidades del caudillo, aconsejaba: «No debe tener otro objeto, ni cultivar otro arte que el de la guerra, el orden y la disciplina de los ejércitos.» Y Napoleón, leyéndolo en Elba, comentó al llegar a este punto: «Dicen que voy a tomar la pluma para escribir mis memorias. ¡Escribir! ¡Yo! ¿No me tomarían por un bobo? Entretenerse en semejantes puerilidades es renunciar a reinar. Ya es mucho que mi hermano Luciano haga versos...». Consta que siendo capitán había escrito dos diálogos, uno de ellos sobre el amor, pero de un modo pleno, sólo cuando dejó de reinar —¿renunció acaso?— tomó la pluma, y no olvidemos que para él reinar fue casi equivalente a combatir. Frente a tales opiniones, son innumerables los capitanes y caudillos que supieron hermanar el arte de la guerra con el de las letras y en ambos campos les coronó la fama.

Pero, ¿por qué el militar literato?, ¿por qué esa profusión y calidad de soldados poetas?

He aludido a la dualidad profesional para vez cómo se refugian en ella las actividades niveladoras, de equilibrio. Ciertamente ¿hay compensación más adecuada para el militar en campaña que la evasión literaria? La dualidad ideal para equilibrar las intensas emociones del combate está en el sedante espiritual de la poesía. Y más en el español, que poco propicio a las fanfarronadas (¿cuántos medallas militares os contaron su hazaña a la primera invitación?) se

desahoga hablando consigo mismo en la noche estrellada, en el silencio del campo, vacío ya de estruendos, y allí, mirando al cielo, siente a Dios al otro lado de la muerte, y medita en lo que vio o en lo que espera. Siente, piensa y escribe. ¡He ahí el poeta! Pero se argüirá aún: la guerra para el militar es sólo un accidente, es más larga la paz. Y podríamos añadir: En las horas de paz, cuando el destino profesional no tiene acaso el tinte heroico que en la carrera se buscaba y frente a las ansiadas aventuras, hay la monotonía del cuartel o un horizonte de burocrática rutina, en horas de nostalgia, noche entoldada y húmeda, el soldado poeta siente, espera y escribe, volcando su espiritualidad a lo ancho de la variadísima gama de la literatura castrense.

Para refuerzo de argumentos podría volver sobre el discurso de las armas y las letras; no lo haré. Tampoco voy a enumerar la relación, siempre incompleta, de poetas soldados; y aunque el ensayo sería tentador, no voy a distinguir entre Garcilaso y Ercilla, Calderón y Cervantes. Prefiero hoy dejar valorados por igual epopeya y bucólica, teatro y novela. Hagamos sí, con esta oportunidad, el homenaje íntimo y debido de nuestra admiración a los soldados poetas actuales, y si la delicadeza impide señalarlos, recuerde cada uno al leer esto los nombres de nuestros escritores militares ilustres, algunos ya consagrados como figuras preeminentes de las letras españolas.

Así decía yo hace veinticuatro años, estrenando una pluma en *Reconquista*, la revista del espíritu militar español.

### *Algo más que soldados poetas*

Cada vez que acudo al tema de la pluma y la espada, o de las armas y las letras, que viene a ser lo mismo, empiezo por releer el famoso discurso de Cervantes, ejercicio que me resulta tan indispensable como en los tácticos la creación de ambiente, o la composición de lugar en los de San Ignacio, que también fue escritor militar, y los empezaba meditando sobre «Las dos banderas».

Del texto cervantino brotan viejas novedades.—tú, lector, te sonríes, pero es cierto—, y hoy me paro ante el párrafo clave de la supuesta pugna que es ya *ex libris* de los historiadores militares: *Dicen las letras que sin ellas no se podrán sustentar las armas... Responden las armas que sin ellas no se podrán sustentar las leyes.* Un pleito liquidado también en el famoso proverbio cervantino, que preside el Museo de Literatura Militar, junto al que ahora trabajo: *Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la espada.* Que es síntesis de algo expresado mucho antes, nada menos que por el marqués de Santillana: *La pluma non embota el fierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero.* Seguramente Cervantes recordaba olvidando al autor. No habría plagio en él, porque

no había *animus plagiandi*, y su frase se hizo más lapidaria, viniendo a ser un arreglo poético, como ahora hay arreglos musicales de obras de Bethoven y Chopin.

Cervantes, en su discurso, habla ya de balazos con la misma soltura que ahora lo hacen López Anglada o Maciá Serrano, pongo por caso, y aún apunta el tema del recuento de muertos, tan en boga hoy, al que él no parece muy aficionado, y el problema moral del combate a distancia, muy de entonces y de ahora —salvando proporciones— donde el valiente puede ser víctima de quien se asustó de su propio disparo, o de pulsar el botón que haría reventar la bomba y aún el mundo... Describe el valor del centinela sobre la mina a punto de estallar bajo el suelo que pisa, con visión válida para la guerra en la Universitaria, que encontré inspirada en la Partida Segunda del Rey Sabio —también muy realista y muy poética— como lo está el recuerdo del marinero luchando en el estrecho paso de un tablón de abordaje donde apenas le caben los pies, a lo que sigue aquél decir insuperable: «Y lo que es más de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar».

Pero esto es sólo composición de lugar, o creación de ambiente, como quieras, lector, según te inclines hacia lo religioso o hacia lo militar.

La primera vez que me tentó el tema busqué con insomnio apresurado el porqué del soldado poeta. Me atraía penetrar en el secreto impulso de la literatura del guerrero. Entonces era joven de veras. (No te engañes, lector, si eres de mi quinta, que es la del treinta y nueve, hermana inseparable, como hermana de sangre, de la del treinta y seis, la de la guerra, generación definida como quinta por Alvaro D'Ors, con término castrense, mucho más expresivo para el caso). Pera hablar del soldado poeta, como hice en 1952, era abstraer demasiado, sólo un bello punto de partida para llamar la atención sobre los escritores militares. Cervantes encajaba bien en ellos, pues fue soldado distinguido, de oficio y vocación, aunque la desventura no le permitió llegar a capitán, para lo que iba propuesto en la galera Sol, al caer cautivo. Como acaso hayamos perdido ahora otro poeta soldado —moralmente lo es— en García Serrano, por culpa de los hielos de Teruel que lo hicieron enfermo de guerra.

Asomó ya la madurez y aquella curiosidad sigue latente. Dos años después encontré en el doctor Marañón un interés análogo por el escritor-médico. ¿Acaso nacen de una raíz común? ¿Puede pensarse que la zozobra ante un panorama de muerte, la necesidad de secreto y disimulo en trance de peligro, hacen que, una vez pasado, se vuelque hacia afuera aquella intimidad? Valdría la pena intentar un ensayo buscando explicación. El análisis previo nos da una diferencia: El militar tiende a la poesía y a la historia, el médico hacia lo filosófico y lo novelesco, aunque también cultiva la biografía y las memo-

rias, si bien éstas son género común y universal. Claro que ambos coinciden en partir de una actitud pensante y subjetiva, y hay en sus obras mucha introspección y mucho análisis del contorno humano.

En uno y otro, el alma está a presión, los estados anímicos se disimulan tras un silencio disciplinado a su modo, tras un gesto de autoridad científica o militar. La literatura es para ellos la expansión espiritual que rompe frenos de timidez en una imperiosa necesidad de comunicar la propia vivencia, impulsada por un motor profesional, en lo que está su diferencia básica con cualquier tipo de escritor más exclusivo.

### *Entre la pluma y la espada*

El doctor Marañón se ocupaba del médico escritor en un breve capítulo de *La Medicina y nuestro tiempo* (1), titulado «La doble vocación», aparecido en 1954, dos años después de aquel ensayo mío sobre el porqué del soldado poeta, y aunque en él destacué yo a los médicos, Marañón olvidó a los militares. En el fondo —*servatus servandi*— había cierta semejanza en los ensayos. El doctor penetraba así en el tema:

*Los médicos suelen sentir con más frecuencia que otros profesionales el prurito de contar las intimidades de su vida.*

*Todo esto nos explica el que muchos médicos, como muchos religiosos, sean tan dados al manejo de la pluma y que entre aquéllos no pocos sean escritores profesionales.*

Pero ahí, como en su discurso de ingreso en la Academia, Marañón olvidaba al militar, pues al decir que junto a los literatos puros, que son el núcleo académico, había cada vez más generosa representación de letras técnicas, enumeraba hasta ocho profesiones, desde geólogos hasta farmacéuticos, para concluir: «Creo que no olvido a ninguno». Olvidó al general poeta Leopoldo Cano, que ocupaba entonces un sillón, y no tuvo en cuenta que fue militar el marqués de Villena, promotor y director de la Academia, el que más años permaneció en ella; pero también el conde de Cheste y cinco generales que le precedieron, y otros cinco que le siguieron, eso que la docta Corporación nunca fue muy frecuentada por militares.

Al recordar esto el general Jorge Vigón, lo apostillaba con una cita de Antonio Capmany, poco sospechoso de apasionamiento, por ser hombre civil.

*Los señalados capitanes y célebres guerreros que supieron suavizar la aspereza de la milicia con el deleite de las letras, casi*

(1) GREGORIO MARAÑÓN: *La medicina y nuestro tiempo*. Edit. Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 1954. Cap. V, págs. 98-104.

*todos han merecido un distinguido lugar, si ya no el primero, entre los escritores de la nación (2).*

Hasta hace tres años la milicia tenía en la Real Academia dos ilustres miembros: el teniente general don Arsenio Martínez Campos y el almirante don Julio Guillén. Pero ambos sillones, vacantes por fallecimiento de sus titulares, han sido ocupados por académicos civiles. Hacía muchos años que merecía ocupar uno el teniente general don Jorge Vigón, y queda la incógnita de si se interesará alguien por que vuelva a haber militares en la Real Academia, asunto que parece indiscutible por las razones que el mismo general Vigón expuso en su día.

Cuando busqué el porqué del escritor militar, encontré ya argumentos para comprenderlo en la guerra y en la paz. Eran muy semejantes a los que Marañón nos daba a propósito de sus colegas, sin más diferencia específica, a mi ver, sino que la poesía suele ser campo más propicio al soldado que al médico, aunque el tema nos llevaría demasiado lejos.

La estampa clásica del soldado poeta se hace falsa al estereotiparse. Sería aquélla con que se describía a sí mismo Garcilaso, escribiendo en las pausas del combate, de modo que:

*Entre las armas del sangriento Marte  
hurté del tiempo aquesta breve suma,  
tomando ora la espada, ora la pluma.*

Del mismo modo que don Diego Urtado de Mendoza, estaba en Túnez:

*Ora en la dulce ciencia embebecido  
ora en el uso de la ardiente espada (3)*

Pero la generalización sería falsa ante ejemplos muy claros. Lope escribió tres obras embarcado en la Armada, que los ingleses llamaron «La Invencible». Eran: *La Dragontea*, *La Gatomaquia* y parte de *La Hermosa Angélica*. También Cervantes hacía versos en aguas de Lepanto durante las pausas del cañón, y Calderón terminaría más de una comedia en sus días militares. Pero es significativo que ninguno de los tres lograra así sus mejores producciones. Dicho sea de paso, tampoco ninguno de ellos tuvo larga hoja de servicios.

Sería ligero, pero con harto fondo de verdad, decir que si junto a una Historia de la literatura abrimos nuestra Historia militar,

(2) JORGE VIGÓN: *Invitación a una tarea*, artículo en la revista «Ejército», febrero de 1947.

(3) ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA: *Diego Hurtado de Mendoza*. Edit. Real Academia de la Historia, Madrid, 1941-1943, 3 tomos.

observaremos que el Siglo de Oro de la una sigue a la epopeya de la otra, y que el esplendor de las letras cubre el hueco de la decadencia de las armas. Pero, aun concediendo geniales excepciones, ¿podrá decirse que sólo cuando el héroe descansa en la batalla, triunfa en la literatura? ¿Que sólo brillan las plumas al arrimar las armas? ¿Que sólo se escribe Historia cuando no hay Historia por hacer? Delicada cuestión, diría ahora. ¿Y el soldado poeta que roba horas al sueño para escribir sus tiradas de versos a la luz de la luna americana, tal vez achicando la letra, minúscula de veras, para que quepa toda su inspiración en el pequeño parche del tambor que se ha procurado en la atabalería?

El tema requiere un estudio más hondo. Sin embargo, puede anticiparse, ya que hay que buscar en él un fenómeno colectivo, nunca individual, de cantidad más que de calidad, porque aún en las circunstancias más adversas nunca faltaron el héroe ni el genio.

En cuanto a soldados poetas, su última antología fue la que Hernández Rubio publicó en 1945 (4). Termina tan atrás —en Ros de Olano—, que movió a López Anglada a preparar una contemporánea que debe estar a punto.

Creo que es importante dar a conocer esa nómina de soldados-poetas actuales, porque la poesía militar ha de tener sustancia y materia distintiva, como nacida de una vida entregada a la milicia, con esencia específica y mentalidad propia, que inevitablemente trascienden en ideas y estilo.

El fenómeno que da origen al soldado-poeta rebasa la poética pura y rebasa la guerra, sobre todo si identificamos poesía con versos y guerra con combates. *Algo más* se titulaba un libro de poemas de Antonio José Gutiérrez Martín, un alférez provisional aún vivo, y se refería a algo más que a la guerra (5). Me gustaría hablaros del extenso prólogo que le puso Pemán, donde decía que la guerra es un mundo distinto y cerrado, que, como el verso de Arnaldos, sólo dice su canción al que con ella va, y cantarla desde fuera es empresa imposible, pero que tampoco basta con vivirla, porque el soldado-poeta ha de armonizar vida con arte. Aquel libro era poesía de guerra, pero algo más que de guerra, de guerrero. En otro prólogo a otro tomo de versos de alférez provisional, *Poesía Legionaria*, de Juan Antonio García de Cortázar, también con poemas plenamente guerreros, aseguraba el general Jorge Vigón: «No andarían demasiado bien muchos versos en un jefe de Estado Mayor, pero tampoco estaría ni medio bien un alférez de pocos versos» (6). Aunque allí mismo, Vigón hacía poesía sin versos, como tantos jefes de Estado

(4) JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ RUBIO: *Poetas soldados españoles. Vidas y antología*. Edit. Nacional, 1945, 390 págs.

(5) ANTONIO JOSÉ GUTIÉRREZ MARTÍN: *Algo más (Poemas de la Campaña)*. Edit. Verba, Cádiz, 1939, 103 págs. Con prólogo de José María Pemán, de ocho apretadas páginas en folio.

(6) JUAN ANTONIO GARCÍA DE CORTÁZAR: *Poesía Legionaria*. Prólogo de Jorge Vigón. Edic. Cultura Española, Madrid, 1940, 135 págs.

Mayor. Para quienes niegan materia poética a la guerra moderna habría que recordarles esto y páginas poéticas de soldados-poetas como García Serrano y García de Pruneda, entre tantos y a quienes creen agotadas las figuras y metáforas, citarles los mil juegos de imágenes de Juan Sales sobre el fuego y el disparo (7), o el buen decir de aquel cronista para quien «la ametralladora escribía en la sombra con renglones de plomo.

### *El cronista militar*

Entre la variadísima literatura militar, entre la épica y la historia, la ciencia, la pragmática y la didáctica, quizá podamos centrar un primer cuadro en el del poeta, el cronista y el filósofo. Pero ahora quiero mirar a los cronistas.

Empezando por los orígenes castellanos encontramos la historia cantada del poeta del Cid, que ahora creo que fue juglar-soldado, y tengo mis razones para ello, no siendo la menor, la precisión estadística de sus números de guerra, como sólo pudiera hacerlo y quererlo quien había de dar cuenta de ello y lo veía cerca. Acaso también la del primitivo castellano que escribió el cantar de juglaría que fue cimiento del de Fernán González. Pero esto es entrar ya en el terreno de lo discutible. La crónica, con raíces tan antiguas como el cantar de gesta, canciones góticas junto a la Historia Gothorum de San Isidoro, tiene su cumbre en Ximénez de Rada, el Arzobispo toledano que describe *de visu* la batalla de Las Navas, con la incertidumbre del rey Alfonso VIII y el ánimo que el cronista le da. Luego el rey Sabio, guerrero sin fortuna, desenfunda la pluma y la presenta, como quien presenta armas, al escribir o cantar la historia que su padre el Rey Santo ejecutó; y en su Segunda Partida dicta las primeras Ordenanzas Militares. Deliciosas narraciones militares las de la crónica de Alfonso Onceno y la del alférez Díaz Games, autor de la de Pero Niño. Pero antes, en una cumbre, la del almogávar Muntaner y luego en otra, la de Bernal Díaz, el soldado de Cortés (8).

Veo tres cronistas de especial contraste. El soldado Ramón de Muntaner escribía su *Crónica catalana* veinte años después de las campañas almogávares. En 1970 la tradujo muy bien Vidal Jovés (9). El soldado Bernal Díaz esperó cincuenta años para redactar su crónica mejicana. Aunque el otro soldado Pedro Antonio de Alarcón no lo hizo peor sin el aplazamiento que llaman perspectiva histórica,

(7) JUAN SALES: *Incierta gloria*. Novela. Edit. Planeta. Barcelona, 1969. Dos volúmenes.

(8) Un amplio estudio del pensamiento y el estilo literario en los cantares de gesta, crónicas y leyes medievales puede verse en mi libro: *Espíritu y milicia en la España Medieval*. Publicaciones Españolas, Madrid, 1967, 357 págs.

(9) RAMÓN DE MUNTANER: *Crónica Catalana*, traducción de J. Vidal Jové. Introducción de Juan Fuster. Alianza Editorial, Madrid, 1970, 700 págs.

pegando tiros de día y escribiendo de noche su diario, apurado para enviar sus entregas en el primer correo de Melilla (10). También el padre Urra, capellán de requetés, acaso sin pensarlo, describió al soldado poeta de la guerra de Liberación, en un hermoso párrafo realista:

*Garabateaba en mi mugriento cuaderno asentado sobre el abollado plato de aluminio; mal apoyado en mis rodillas en el fondo de una trinchera del frente de Madrid, sobre el macuto o sobre el duro lomo de un peñasco cuando tenía el enemigo enfrente y no estaba muy seguro ni de la fecha (11).*

Cualquiera de ellos nos recuerda a Ercilla al describir autográficamente cómo componía su *Araucana*, en precario:

*Escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no se costó después poco trabajo juntarlos.*

He señalado casi en exclusiva los soldados. Los capitanes llenan el siglo de oro; los generales sobrepasan redactando obras técnicas, ordenanzas y filosofía de la guerra, del mando y la milicia, aunque, por excepción, también hagan versos, como Ros de Olano y Leopoldo Cano, por ejemplo.

Perdónenme los doctos que hasta aquí haya preferido hacer el elogio de la sencillez.

### *La generación militar del 98*

La llamada generación del 98 no es sino un grupo limitado por sus afinidades literarias y sentimentales. Son los del 98 que no fueron a la guerra, y angustiados por ello y sus desgracias, se convirtieron en la generación del Desastre.

Santiago Galindo, con sano empeño, publicó en 1952 los hechos y las palabras de los del 98 que fueron a la guerra, encabezados por Maeztu y Ramón y Cajal, pero seguidos por un enorme núcleo de simples «quintos del 98», sin literatura y acaso sin gramática, firmantes de centenares de cartas reveladoras de un indeclinable patriotismo (12).

(10) PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: *Memorias de un testigo de la Guerra de Africa*. En *Obras Completas*. Ediciones Fax, Madrid, 1954, un estudio reciente de gran interés es el de Miguel Alonso Baguer en: *Pedro Antonio de Alarcón, testigo de una guerra romántica*. Edi. Aula de Cultura del Movimiento, Granada, 1972, 32 págs.

(11) JUAN URRA: *En las trincheras del frente de Madrid. Memorias de un capellán de requetés*. Edit. Fermín Uriarte. Madrid, 1966, págs. 7 y 8.

(12) SANTIAGO GALINDO HERRERO: *El 98 de los que fueron a la guerra*. Edit. Rialp, Madrid, 1955, 168 págs.

Junto a unos y otros hay un tercer grupo, el de los militares ilustrados, a veces pensadores profundos y escritores distinguidos sin dejar de ser, sobre todo, buenos profesionales de la milicia. Sustituían a una generación castrense anterior, más culturalista que culta, y aunque no quepa llamarles «intelectuales» puros, sus incursiones en las áreas más próximas a su campo profesional —la historia y la política— y su abierta oposición a la postura derrotista de la generación literaria del 98 —aunque coincidiesen con ella en algunos aspectos marginales como el interiorismo o la tibieza religiosa— autorizan a configurarles informalmente como generación militar del 98, de indudable ascendiente sobre los jóvenes que, como Franco, abrazaban la carrera de las armas tras el Desastre.

La llamada generación del 98 empieza en Unamuno (1864) y termina en Machado (1876), y, para algunos, en Juan Ramón Jiménez (1881), porque en esto de las generaciones importa menos la cronología que la afinidad de actitudes. La de los militares del 98 empezaría, para ser rigurosamente coetánea, en Ibáñez Marín (1868) y terminaría en Fanjul (1880). La correspondencia es hartamente ajustada.

Al teniente coronel don José Ibáñez Marín —muerto en Marruecos cuando contaba cuarenta y un años, y era director de la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, que él mismo fundara—, se deben numerosos artículos, trabajos y memorias, pero sobre todo la *Bibliografía de la Guerra de la Independencia* (1908), muy apreciada por los investigadores, y *La Campaña de Prusia en 1806* (1906), su obra maestra, junto a otras de tema cultural. Era dos años más joven que Valle-Inclán.

Le sigue cronológicamente Miguel Primo de Rivera (1870), dos años mayor que Baroja, laureado militar, conferenciante, erudito, brillante, persuasivo, dotado de un vivo gracejo jerezano, cargado a veces de ironía, preocupado desde la juventud por los temas sociales y políticos, y autor de un interesante *Curso de ciudadanía* (13), su único libro conocido. Protagonista de la política española durante los siete discutidos años de la Dictadura, fue, sin duda, un pensador que sobrepasaba los límites de lo profesional.

Hay mayor relieve en Dámaso Berenguer (1873), de la quinta de Azorín. Hombre cultísimo, que hablaba tres idiomas extranjeros, cosa rara entre los militares de su tiempo, escribió numerosos artículos técnicos en la *Revista de Caballería*, así como varios estudios, crónicas y tratados de carácter profesional, además de una historia política: *De la Dictadura a la República* (14). Con fortuna muy alterna, era un hombre clave en la historia del primer tercio de nuestro siglo XX; viajó a los frentes de la primera guerra mundial, desempeñó misiones importantes, y su célebre actuación parlamentaria en

(13) MIGUEL PRIMO DE RIVERA: *Curso de ciudadanía*. Su origen está en una conferencia en el Casino de Clases de Madrid, publicada en 1927, 26 págs.

(14) DÁMASO BERENGUER: *Crisis del reinado de Alfonso XIII: De la Dictadura a la República*. Edic. Plus Ultra, Madrid, 1946, 416 págs.

el expediente Picasso fue premiada con una cruz de María Cristina. Digamos entre líneas que el general Picasso, uno de los pocos españoles de su tiempo, de religión protestante, era también laureado y noventayochista.

Ricardo Bргуete (1871), laureado en Cuba, fue el culturalista de la generación militar del 98, el hombre que sabía de todo y escribía con el mayor desenfado sobre temas variadísimos, en revistas españolas y extranjeras, precursor de innovaciones que luego aceptaron los Ejércitos europeos. Sus libros son tan numerosos como variados, desde el *Diario de un testigo en Cuba* hasta la *Historia de Cataluña*, pasando por *Así hablaba Zorropastro* (15).

José Millán Astray fue, a su modo, el poeta de la generación; por equipararle de alguna manera a los escritores del 98, diríase que era «un bohemio del heroísmo». Nació en 1878. Le venían de familia la agudeza, la fantasía creadora y sus profundas dotes de psicólogo. Alférez a los dieciséis años, con una brillante hoja de servicios, llegó a ser profesor de ocho asignaturas en la Academia de Toledo y agregado luego a la del Ejército francés. En 1922 publicó un manifiesto exaltando la disciplina contra la intervención del Ejército en la política nacional; más tarde, un libro sobre el Tercio y varios folletos. Le entusiasmó el *Bushido*, código espiritual de los samuráis, escrito por el profesor cristiano tonquinés Inazo Nitobe, en el que apoyó gran parte de sus enseñanzas morales a los cadetes y el esquema de su *Credo legionario*; lo tradujo y publicó la versión española en 1941. Fue conferenciante pródigo y admirado en España, Francia, Italia y América. Su palabra encendía los ánimos con figuras hirientes, llenas de crudeza, realismo y poesía. Autor de *Nuestro Caudillo Franco* (1939), había creado una Legión llena de paradojas, de contradicción en su misma esencia, como Unamuno; de descarnado realismo celtibérico, como Baroja; de desenfado y aventura, como Valle-Inclán; de poesía solanesca, más que machadina; pero sobre todo, de altísima idealidad senequista, de amor a la Patria y a la muerte, en perfecta superación espiritual, tan comprensible como aquel «¡Muera la inteligencia!» en boca de quien en cierto modo era un intelectual, diplomado de Estado Mayor.

Cierra esta breve galería generacional Joaquín Fanjul. Tenía dieciocho años cuando ingresó en la Escuela de Guerra en 1898. Era un año más joven que Juan Ramón Jiménez. En 1906, siendo un capitán de treinta y seis años, publica su obra *Misión social del Ejército*, donde expone su pensamiento sobre la milicia, y la reforma social. Escrita siete años después de que Lyautey publicase su *Rôle social de l'officier*, sus puntos de vista eran netamente originales y nacionales. La biografía de Fanjul es la historia militar de su tiempo.

(15) Sus obras son muy numerosas, pero asombra más su variedad. Aparte de las obras históricas, tácticas y técnicas, dan idea de su polifacetismo: *El morbo nacional*, Madrid (s. a.) 215 págs.; *Mi rebeldía*, Madrid, 1904, 328 págs.; *Dinamismo espiritualista*, Madrid, 1905. 206 págs.

Al conocer el desastre de Anual pidió un puesto en Africa cuando ya era diputado a Cortes por Cuenca —se había licenciado en Leyes— y ocupaba un puesto en el Estado Mayor. Figuró siempre en primer término en las operaciones de Marruecos hasta el final de la campaña. Desarrolló una destacada actividad parlamentaria en pro de un Ejército más poderoso y mejor organizado. El triunfo electoral del Frente Popular, en febrero de 1936, le alejó de la política activa, que había venido ejerciendo junto a los gobiernos derechistas del bienio anterior. Pocos meses después, fracasado su intento de unir la guarnición de Madrid al Alzamiento de julio, caería ante el piquete de ejecución (16).

Ignoro de cuándo data la Asociación de Escritores Médicos, aunque me consta su antigüedad, pero aún es sólo proyecto un congreso nacional de escritores militares, iniciativa del coronel poeta Luis López Anglada, que me gusta llamar *simposio* por su etimología gaastronómica. Lo espero próximo y promete ser origen de una agrupación semejante y aún superior a aquella, que quizá asombre por su cantidad y calidad. Porque muchos ignoran que son militares, varios poetas consagrados, como Luis López Anglada, Manuel Alonso Alcalde o Antonio Maciá Serrano, y humoristas famosos, como Antonio Mingote o Angel Palomino, por cierto compañeros de academia. Esto, citando sólo casos muy llamativos. En el *simposio* ese se habrán de reunir el soldado poeta y el escritor técnico, el historiador y el estilista, pongo por caso de distinciones primarias. De allí saldrá una nómina, ya casi concluida para la convocatoria, copiosa lista de hombres de pluma y sable, a la que otro día aludiré con más detenimiento.

El escritor militar actual tiene una misión literaria concreta. Nuestro tiempo reclama un estilo de «modestia sincera» que sinteticé, superándolas, una anticuada modestia hipócrita y una moderna sinceridad ególatra. Muñoz Alonso, en *La cloaca de la Historia* (17), coincidía con Papini en decir que todo escritor lleva un mínimo de tentación diabólica en la pluma (cuartilla-espejo, literatura-imagen retocada) y que hay en él una dosis de vanidad, que en el fondo es soberbia (18). Entonces viene bien acudir a la sobriedad militar, al laconismo del parte de guerra. Por eso aseguraba García Serrano que su escritor favorito era el general Martín Moreno, firmante del parte oficial (19). En este campo de la modestia sincera puede abrir brecha el soldado poeta. Sólo falta que la chispa del genio le ilumine el estilo.

(16) JOAQUÍN FANJUL: *Misión Social del Ejército*, Madrid, Imprenta de E. Arias, 1907, 150 págs.

(17) ADOLFO MUÑOZ ALONSO: *La cloaca de la Historia*. Ediciones Euramérica, Madrid, 1957, cap. 9.

(18) GIOVANNI PAPINI: *Historia de Cristo*. Edit. Fax, Madrid, 1956, pág. 1851.

(19) RAFAEL GARCÍA SERRANO: *Diccionario para un macuto*. Prólogo. Editora Nacional, Madrid, 1965.

Ese estilo genial era el de juglar del Cid, que anduve queriendo ver que fue monje y soldado de su hueste, aunque no a la vez (20). Es el sincero estilo del soldado y el capitán más clásicos, el del comandante Franco en *Diario de una Bandera*, 1922, y del coronel Franco en el *Diario de Alhucemas*; a su recio acento personal se une la sensibilidad poética indispensable para decidirse a incrustar en el lugar preciso del primero aquella copla ingenua:

*qué penita que me da  
de ver al morito chico  
llorando por su papá.*

Un gesto de ternura legionaria muy en la línea del amor al enemigo. El artículo *Xauen la triste* (julio 1926) se publicó subtítulo como «Del diario del general Franco», y esta reiteración de diarios marroquíes me hizo pensar en la existencia de un completo diario íntimo del Caudillo, confirmado en sus memorias escritas para una publicación póstuma. Le empujaría a ello su indudable vocación literaria, su feliz memoria y su afición a ilustrar las conversaciones con anécdotas personales.

En esa nómina por hacer de escritores militares contemporáneos destacaría Francisco Franco, de cuya literatura me ocupé ya y que va desde el periodismo puro a la teología de la guerra, de la técnica a la pura creación —*Raza*— pasando por la historia militar —*Batalla de San Quintín*— pero descantándose en sus diarios de Melilla y Alhucemas, únicos conocidos hasta ahora (21).

Pero falta aún la gran crónica que refleje con fidelidad y estilo la guerra del 36, contrarrestando otras mediocres escritas con intención bastarda. No cuajó aún el pulso literario de aquella lucha y se espera también su expresión artística en el cine, tan emparentado con la poesía, tal vez porque en ambos casos se combinan imágenes. En eso, el soldado poeta y el cronista militar tienen tarea.

### *Escritores militares de hoy*

Mientras llega el día en que se concluya un censo sistemático de escritores militares, bueno será hacer historia estadística con los datos a mano, siquiera sea mediante cálculos aproximativos, por lo inseguros, de lo que sólo se basa en estimaciones razonables.

Desde aquella excelente historia de la *Literatura Militar Española en el siglo XIX*, que el comandante Francisco Barado escribió en 1890, lo primero que se vio sobre el tema fue el *Catálogo de la*

(20) JOSÉ MARÍA GÁRATE. *Espíritu y milicia en la España medieval*. Publicaciones Españolas, Madrid, 1967, cap. 3.º

(21) Sobre *Francisco Franco, escritor militar*, puede verse el número 40, especial de esta Revista, 366 págs.

*Exposición Bibliográfica de Escritores Militares Españoles*, celebrada en 1948 por el Servicio Histórico Militar en su Museo de Literatura Militar, y publicado al año siguiente en el Boletín de su Biblioteca Central. En aquel catálogo figuraban 491 obras de la década 1937-1947. Aunque no se incluían publicaciones ni revistas oficiales; se habían acogido algunos prólogos de libros y capítulos de otros de conjunto.

En tal catálogo hay obras tan poco literarias como las de legislación y técnica administrativa; hay reediciones de Villamartín, Almirante, Berenguer, Castro-Girona, Franco, Mola y otros. Pero la mayoría son libros nacidos entre 1939 y 1948. Pese a las varias obras de un mismo autor, puede considerarse que bastante más de la mitad, es decir, unas 250 son de escritores militares, en sus secciones de Filosofía, Religión, Sociología y Derecho, Ciencia Militar, Literatura, Historia y Geografía. Sin contar obras generales bibliográficas, filología ni ciencias puras o aplicadas.

Tenemos ya textos recientes de historia de la Literatura militar de los coroneles Juan Priego y Fernando de Salas, con muy extensos índices, siempre incompletos, pese a todo. Pero hay algo más concreto en lo contemporáneo. Ateniéndonos a autores de libros, diremos que Fernando de Salas en sus *Escritores Militares Contemporáneos* (22) nos brinda datos muy sustanciosos referidos a los treinta años que van de 1937 a 1967, fecha de su obra, que contiene un índice de 330 libros declarados de utilidad en los tres Ejércitos: 188 en el de Tierra, 82 en el Mar y 120 en el de Aire. Calculando que un treinta por ciento se repitan en los tres, quedan unos 231 libros de escritores militares confirmados oficialmente. En su apartado de Bibliografía Militar Española, incluye Salas 410 obras de autor, de las cuales quedan 262 al descontar las de literatura menos humanística, como las referentes a técnicas de combate y servicios, topografía, geografía y deportes, lo cual es demasiado exigir, pues más de un técnico en estas especialidades literarias protestaría con razón.

Hay una anomalía aparente entre aquel censo de la exposición de 1938 con libros de diez años, y éste de Salas con los de treinta. Pero queda en sustancia un recuento de más de 300 escritores militares, autores de libros que espero ver confirmado pronto.

Podemos concretar más, con nómina completa, extrayéndola de dos obras biográficas y antológicas de escritores militares actuales. Una es el mismo libro de Salas, donde se recogen 49 cultivadores de la técnica y la humanística profesional. Descontando siete que no son profesionales, quedan 42 en total. Por otro lado, en *Cuentos de la Guerra de España* (23) hay 36 autores seleccionados en cuanto a literatura de creación, de los cuales pueden restarse tres que no son

(22) FERNANDO DE SALAS LÓPEZ: *Escritores militares contemporáneos*. Editora Nacional, Madrid, 1967. 771 págs.

(23) JOSÉ MARÍA GÁRATE, con treinta y seis autores: *Cuentos de la guerra de España*. Edit. San Martín. Madrid, 1970. 446 págs.

militares, quedando 33 en total. La suma de 75 escritores militares de ambos libros aún ha de rebajarse en los ocho que se incluyen en los dos por cultivar tanto la técnica como la creación. Así son 67 en definitiva los autores distintos.

Las dos antologías citadas son obras de urgencia. La una como ensayo apresurado y perceptible; la otra, de colaboración espontánea; pero resultan harto expresivas de lo que sería el conjunto para esa asamblea nacional pendiente, en la que estarían presentes los articulistas, de los que hablaremos luego.

Los escritores técnicos empiezan con el general Kindelán (1879) y terminan con el capitán Busquets (1932), sólo seis de ellos nacieron después de 1920, diez entre los años 19 y 20, y veintiséis son anteriores a 1914. En cambio, los autores de creación empiezan con el coronel Martínez Bande (1907) y terminan con el capitán Muínelo (1936), un tercio de ellos nacieron entre los años 19 y 20, cuatro entre el 25 y el 36, y sólo cinco son anteriores a 1914. Lo cual está de acuerdo con la madurez que suele pedirse al tratadista y la juventud posible del escritor puro, aunque en ambos casos apuramos la referencia a los escritores más consagrados. De los primeros, sólo un veinticinco por 100 son nacidos de 1919 para acá; de los segundos lo son casi un cincuenta por ciento.

Si en una selección de urgencia, extrema y ocasional, hay ya 67 firmas de escritores militares, no es mucho llegar a 300 o más al apurar el recuento. Sólo en los nueve años transcurridos desde *Escritores Militares* y en los seis desde *Cuentos de Guerra*, han cuajado unas cuentas promociones más o menos jóvenes.

### *Periodismo militar*

Alguna vez suscité la polémica sobre si sería más fácil y provechoso militarizar al periodista o «periodistizar» al militar. El tema roza el bizantinismo y no es precisamente el que hoy me interesa tratar, sino el más prosaico del recuento y la estadística de los articulistas militares actuales.

Periodistas y escritores distinguirán enseguida entre lo habitual y lo esporádico, y nos dirían que para un profesional no es raro escribir un artículo de su técnica específica, sin que eso pueda llamarse literatura ni le haga escritor. Sin embargo, en las revistas militares los nombres de los articulistas se repiten casi periódicamente, con muchos artículos, cada uno al paso del tiempo. En mi recuento voy a atender a una visión de conjunto, de la que es fácil deducir porcentajes para llegar a un censo de los que podrían llamarse articulistas habituales, con cierta profesionalidad, aunque sea autodidáctica, que aquí cabe mejor que en otros menesteres.

Aquel *Catálogo de la Exposición Bibliográfica de Escritores Militares*, cerrado en 1947, nos ofrece unos largos índices alfabéticos

con nombres de autores que vieron sus artículos en publicaciones muy variadas, aunque preferentemente en revistas militares, pero también se incluyen los de algunos diarios nacionales. Mi cálculo aproximado da unos 4.800 artículos en aquel decenio 1937-47. Naturalmente que entre los escritores estarán los nombres de los 491 libros inventariados. Si de esos 4.800 artículos deducimos los de una misma firma y los de algunos extranjeros, e incluso escritores civiles de tema militar, deberán quedar muy rozonablemente un tercio de autores distintos, que pueden reducirse aún a 1.500, calculando por defecto.

En su *Escritores Militares Contemporáneos*, Fernando de Salas incluye unos índices muy completos de revistas militares. No cito aquí el recuento porque han transcurrido nueve años desde su edición y es fácil poner al día la estadística, aunque no los títulos y autores. Recoge Salas con acierto, sobre las tres revistas básicas de oficiales de Tierra, Mar y Aire, la de *Derecho Militar* y la de *Medicina y Cirugía de Guerra*. No las tomo en cuenta por su carácter específico y su poca periodicidad. Ni él ni nosotros censamos las de sargentos y tropa, pero, en cambio vale le pena considerar *Reconquista*, aunque no es oficial, por su importancia como «Revista del espíritu militar español» y por su vanguardismo como exponente del pensamiento y las letras militares, cantera en la que hicieron pluma excelentes escritores actuales.

Entonces tenemos que censar: *Ejército*, revista mensual, con treinta y cinco años completos de vida, a unos quince autores por año. La *Revista de Marina*, mensual, con la misma vida y menor número de autores. La *Revista de Aeronáutica y Astronáutica*, con treinta y seis años de vida, semejante a las anteriores. *Reconquista*, con veinticinco años de vida, parecida también. La *Revista de Historia Militar*, semestral, con veinte años de vida. De ellas, después de eliminar en sus números, por cálculo, la repetición de autores, las colaboraciones extranjeras y algunas firmas no militares como colaboración especial, resulta hasta fin de 1975 el siguiente cuadro:

	Artículos	Autores
<i>Ejército</i> ... ..	6.307	1.578
<i>Revista de Marina</i> ... ..	1.987	497
<i>Revista de Aeronáutica</i> ... ..	3.190	821
<i>Revista de Historia Militar</i> ... ..	234	86
<i>Reconquista</i> ... ..	2.972	742
TOTALES ... ..	14.690	3.724

Aplicando a estos 3.724 artículos una reducción del 25 por 100, ya que muchos de ellos simultanean su colaboración en dos o más revistas, quedarían unos 2.792 autores distintos, que dado lo flexible de la especulación podrían reducirse a 2.500 o aumentarse a 3.000. Son

cálculos aproximativos, aunque muy razonables; provisionales, mientras se efectúa el recuento exacto, tan laborioso que no sé si valdrá la pena hacerlo.

El promedio anual, aunque muy aleatorio, de artículos y nuevos autores, sería éste:

	Artículos	Autores
<i>Ejército</i> ... ..	178	45
<i>Revista de Marina</i> ... ..	57	14
<i>Revista de Aeronáutica</i> ... ..	91	23
<i>Revista de Historia Militar</i> ... ..	12	4
<i>Reconquista</i> ... ..	106	26
TOTALES ... ..	444	112

Quedan títulos y autores muy meritorios, algunos de primer orden, en revistas de Cuerpos no citadas aquí, pero a las que quisiéramos rendir homenaje. Sus artículos pueden ser únicos y aún antológicos. En cuanto a los autores, la mayoría tienen plaza bien ganada en las revistas citadas.

Todo esto expresa que la milicia no está acuartelada en lo cultural y artístico, que si antes de la guerra de Liberación había buena dosis de militares humanistas, los «provisionales» significaron un injerto universitario en el Ejército y que muchas plumas ilustres de la poesía y el humor, la novela y el ensayo, la filosofía y la historia, el periodismo y el guionismo, con primeros premios nacionales, figuran en las listas de revista de unidades y centros castrenses. Los militares constituyen hoy también una valiosa aportación a la literatura española. Son plumas conocidas, laureadas algunas. Con ello se apuntilla el tópico de la antiintelectualidad castrense, si es que aún respira, y se llama la atención de que en la galería literaria de la España actual hay muchos uniformes, como antaño.